



"Pacem in Terris". Paz en un mundo "convulso", desgarrado por las laceraciones causadas por las divisiones y el veneno del odio. Desgarrado por la "locura de la guerra" que "borra el futuro". Una vez más, Francisco vuelve a los pies de María, Reina de la Paz, y como en el pasado por Siria, por África y Ucrania, ahora mirando al río de violencia que tiene lugar en Tierra Santa, implora a la "Madre" el don de la paz. Una urgencia en "estos tiempos desgarrados por los conflictos y devastados por las armas".

El Papa preside en la basílica de San Pedro la celebración conclusiva de la Jornada de ayuno y oración que él mismo convocó en el Ángelus del domingo 15 de octubre. Una ocasión para reunir al pueblo de Dios esparcido por el mundo con la única intención de silenciar las armas e inspirar "caminos de paz a los responsables de las naciones".

En oración con el pueblo

Al llegar a la Basílica en silla de ruedas, con la música de fondo del canto de la Schola Cantorum, Francisco se dirige inmediatamente al icono mariano para detenerse allí unos instantes. Después se une al rezo de los Misterios Dolorosos del Rosario, intercalados con momentos de silencio y meditaciones de los Padres de la Iglesia.

Sólo aparece el Sucesor de Pedro, sentado con la cabeza inclinada en el sillón blanco, con la efigie de San Pedro tenuemente iluminada a su lado. Pero, como un pastor que sigue siempre a su rebaño, detrás de él hay cientos de fieles, obispos, cardenales y participantes en el Sínodo. Idealmente, apiñados junto al Obispo de Roma, están los creyentes de todos los continentes que han asegurado su adhesión a su invitación. Rezan en Jerusalén, rezan en Gaza, rezan en Kiev, rezan en las aldeas del norte de África y del África subsahariana. En tierras bañadas en sangre, a menudo inocente, los pueblos invocan a Dios "la paz en la tierra, anhelo profundo de los seres humanos de todos los tiempos", como escribió Juan XXIII en el incipit de la encíclica histórica que da título al acontecimiento de hoy.

Guerras que desgarran el mundo

Francisco se convirtió en portavoz de sus sufrimientos y esperanzas cuando, con la mirada y el pensamiento dirigidos a la Virgen María, comenzó su discurso: "¡María, míranos! Estamos aquí ante ti", canta. La llamada va seguida de una súplica a la Virgen, que conoce bien "nuestros trabajos y nuestras heridas".

Tú, Reina de la Paz, sufres con nosotros y por nosotros, viendo a tantos hijos tuyos probados por los conflictos, angustiados por las guerras que desgarran el mundo. En esta hora oscura -es una hora oscura, Madre- nos sumergimos en tus ojos luminosos y nos confiamos a tu corazón, sensible a nuestros problemas.

Cuidar cada vida humana

Son tiempos, los de hoy, de "angustias" y "miedos". Los mismos que la Madre de Dios experimentó en su vida y ante los que no se acobardó: "En los momentos decisivos tomaste la iniciativa", dice el Papa. E incluso al pie de la Cruz en la que colgaba su Hijo, "tejiste la noche del dolor con la esperanza pascual".

"Ahora, Madre, toma de nuevo la iniciativa por nosotros", reza el Papa. "Dirige tu mirada misericordiosa a la familia humana, que ha perdido el camino de la paz, que ha preferido a Caín antes que a Abel y, perdido el sentido de la fraternidad, no encuentra la atmósfera del hogar".

Intercede por nuestro mundo en peligro y confusión. Enséñanos a acoger y cuidar la vida -itoda vida humana! - y a repudiar la locura de la guerra, que siembra la muerte y anula el futuro.

Responsabilidad por la paz

Muchas veces la Virgen ha pedido oración y penitencia. "Nosotros, sin embargo, atrapados en nuestras propias necesidades y distraídos por tantos intereses mundanos, hemos sido sordos a tus invitaciones -confiesa Francisco-, pero Tú, que nos amas, no te cansas de nosotros." Llévanos de la mano, llévanos de la mano", repite dos veces, "ayúdanos a custodiar la unidad en la Iglesia y a ser artífices de comunión en el mundo.

Recuérdanos la importancia de nuestro papel, haz que nos sintamos responsables de la paz, llamados a orar y adorar, a interceder y reparar por todo el género humano".

Las lágrimas de los niños

En las manos de la Virgen, el Papa pone todas las debilidades del hombre: "Solos no lo hacemos". "Nosotros - asegura - venimos a ti, buscamos refugio en tu Corazón inmaculado". El Corazón al que había consagrado en marzo de 2022, un año después del estallido de la guerra, Rusia y Ucrania.

Invoquemos misericordia, Madre de misericordia; ipaz, Reina de la paz! Sacude el alma de quien está atrapado por el odio, convierte a quien alimenta y fomenta conflictos. Limpia las lágrimas de los niños, a esta hora lloran mucho... Asiste a quien está solo y anciano, sostén a los heridos y a los enfermos, protege a quien ha tenido que dejar su tierra y los afectos más queridos, consuela a los desconfiados, despierta la esperanza.

"Abre destellos de luz en la noche de los conflictos"

A la Virgen el Papa consagra finalmente "cada fibra de nuestro ser, lo que tenemos y somos, para siempre". Consagra a la Iglesia para que "sea signo de concordia e instrumento de paz". Consagra el mundo, "especialmente los países y las regiones en guerra".

"Tú - le dice a la Madre de Dios -, aurora de la salvación, abre espinillas de luz en la noche de los conflictos. Tú, morada del Espíritu Santo, inspira caminos de paz a los responsables de las naciones".

Tú, Señora de todos los pueblos, reconcilia... reconcilia a tus hijos, seducidos por el mal, cegados por el poder y el odio.